

—Que averigües á dónde ha ido esa boda.

—¿A dónde va?

—Sí.

—Lo sé.

—¿A dónde va, pues?

—Al Cuadrante Azul.

—No es ese el camino.

—A la Rapée.

—O á otra parte.

—Como que es libre. ¿Acaso las bodas no son libres?

—Hay más todavía. Es preciso que me averigües qué boda es esa, y dónde viven los novios.

—No es mala gaita la de encontrar á los ocho días una boda que ha circulado por París el martes de Carnestolendas. Un alfiler en un granero lleno de paja. ¿Por ventura es posible?

—Séalo ó no, habrá que intentarlo. ¿Oyes, Azelma?

Las dos filas continuaron de nuevo á los dos lados del boulevard su movimiento en sentido inverso, y el carruaje de las máscaras perdió de vista al coche de la novia.

II

JUAN VALJEAN CONTINÚA ENFERMO

¿A quién es dado realizar su sueño? Para esto habrá elecciones en el cielo; nosotros, sin saberlo, somos los candidatos, y los ángeles votan.

Cosette y Mario habían sido elegidos.

Cosette en el corregimiento y en la iglesia estuvo radiante de hermosura y de amor. La había vestido la tía Santos, ayudada de Nicolasa.

Sobre una saya de tafetán blanco, llevaba puesto el vestido de guipur de Binche, realzando su belleza un velo de punto de Inglaterra, un collar de perlas finas y una corona de azahares, todo blanco. Era un candor exquisito dilatándose y transfigurándose en claridad. Hubiérase dicho una virgen próxima á convertirse en diosa.

Los hermosos cabellos de Mario estaban lustrosos y perfumados; entreveíanse acá y allá, bajo los bucles, líneas pálidas que eran las cicatrices de la barricada.

El abuelo con la cabeza erguida, magnífico, amalgamando más que nunca en su traje y en sus maneras toda la elegancia del tiempo de Barras, conducía á Cosette. Reemplazaba á Juan Valjean, el cual, por el

inconveniente del brazo, no podía dar la mano á la novia.

Juan Valjean, vestido de negro y con la sonrisa en los labios, los seguía.

—Señor Fauchelevent,—decía el abuelo,—ved qué día tan hermoso. Voto por el fin de las aflicciones y de los pesares. En lo sucesivo no debe haber tristeza en ningún lado. ¡Pardiez! Decreto que reine la alegría. El mal no tiene derecho de existir. Es una vergüenza para el azul del cielo que haya hombres desgraciados. El mal no proviene del hombre, pues éste, en el fondo, es bueno. Todas las miserias humanas radican en el infierno, llamado también las Tullerías del Diablo. Ya veis que no economizo hoy las frases demagógicas; si bien mis opiniones políticas se reducen ahora á desear que todos los hombres sean ricos, es decir, felices.

Cuando al finalizar las ceremonias, después de haber pronunciado delante del corregidor y del sacerdote todos los *si* posibles, después de haber firmado en los registros civiles y eclesiásticos, después del cambio de los anillos, después de haber estado de rodillas codo con codo bajo el yugo de muer blanco, entre nubes de incienso, llegaron asidos de la mano, admirados y envidiados de todos, Mario de negro y Cosette de blanco, precedidos del pertiguero con charreteras de coronel, cuya maza sonaba en las baldosas, atravesando por en medio de dos hileras de personas maravilladas, á las puertas de la iglesia, abiertas de par en par, y se dispusieron á subir al coche, la joven apenas se atrevía á creer en la realidad de su dicha. Miraba á Mario, miraba aquella multitud de gente reunida, miraba al cielo, pareciendo como temerosa de despertarse, y así, atónita é inquieta, estaba aún más linda.

A la vuelta, entraron juntos en el primer carrua-

je, colocándose Mario al lado de Cosette, y en frente el señor Gillenormand y Juan Valjean. La señorita Gillenormand ocupó el segundo coche.

—Hijos míos,—les decía el abuelo,—sois ya el señor barón y la señora baronesa, con treinta mil francos de renta.

Cosette, arrimándose cuanto pudo á Mario, acarició su oído con este susurro angélico:

—¡Con que es verdad! ¡Con que llevo tu nombre! ¡Con que soy tuya!

Estos dos seres resplandecían. Encontrábanse en el minuto irrevocable y único, en el deslumbrante punto de intersección de toda la juventud y de toda la alegría. Realizábanse los versos de Juan Prouvaire. No componían entre los dos cuarenta años.

Era la idealización del matrimonio; los dos jóvenes parecían dos lirios. No se veían, sino que se contemplaban. Cosette divisaba á Mario en una aureola, y Mario á Cosette en un altar; y sobre aquel altar y en aquella aureola, mezclándose las dos apoteosis en el fondo, no se sabe cómo, detrás de una nube para Cosette y en un resplandor para Mario, estaba lo ideal, lo verdadero, la cita del ósculo y el sueño, el nupcial tálamo.

Todos los tormentos pasados se convertían para ellos en presentes goces. Parecía que los disgustos, los insomnios, las lágrimas, las angustias, los terrores, la desesperación, transformándose en caricias y rayos de luz, hacían aún más agradable la agradable hora que se aproximaba. ¡Qué bueno es haber sufrido! Sin las desgracias anteriores fuera menos grande ahora su felicidad. La prolongada agonía de su amor había tenido una ascensión por término.

El mismo encanto inundaba aquellas dos almas, con cierto matiz de voluptuosidad en Mario y de pudor en Cosette.

Decíanse por lo bajo:—Volveremos á ver juntos en nuestro jardinillo de la calle Plumet.—Los pliegues del vestido de Cosette descansaban sobre Mario.

Semejante día es una mezcla inefable de sueños y de realidad. Se posee y se forman suposiciones. Hay aun bastante tiempo para adivinar. ¡Indecible emoción la de un día en que á media mañana se piensa en la media noche!

Las delicias de aquellos dos corazones rebotaban, esparciéndose por la multitud y comunicando su alegría á los transeuntes.

En la calle de San Antonio, delante de San Pablo, se detenía la gente para ver, al través del ventanillo del coche, temblar los azahares sobre la cabeza de Cosette.

Entraron luego en la calle de las Monjas del Calvario. Mario, sin separarse de Cosette, subió, con aire de triunfo, la misma escalera por donde le habían llevado moribundo. Los pobres, agrupados delante de la puerta y repartiéndose las limosnas, los bendecían.

En todas partes no se veían más que flores. La casa estaba tan perfumada como la iglesia; después del incienso, las rosas.

Creían oír voces en el infinito; tenían á Dios en el corazón; el destino se les aparecía como una techumbre de estrellas; sobre su cabeza divisaban la claridad del naciente sol.

De repente sonó el reloj. Mario miró el gracioso brazo desnudo de Cosette y su rosada garganta entrelazada por los encajes del vestido, y la joven, reparando en la mirada de su esposo, sintió el rubor subírsele hasta la frente.

Habían sido convidados muchos antiguos amigos de la familia Gillenormand, y todos se agolpaban al rededor de Cosette, llamándola á porfía señora baronesa.

El oficial Teodulo Gillenormand, ya capitán, había venido de Chartres, donde se hallaba de guarnición, para asistir á la boda de su primo Pontmercy. Cosette no le conoció.

Tampoco él, acostumbrado á que las mujeres le encontrasen bonito, se acordaba de Cosette ni de ninguna otra.

—¡Qué bien he hecho en no creer aquel cuento del oficial de lanceros!—decía para sí el señor Gillenormand.

Cosette no había mostrado nunca más cariño á Juan Valjean; y mientras el señor Gillenormand expresaba su alegría por medio de aforismos y de máximas, ella exhalaba el amor y la bondad como un perfume. Es propio de las personas felices desear que las demás también lo sean.

Buscaba, para hablar á Juan Valjean, inflexiones de voz del tiempo en que era niña, y le acariciaba con su sonrisa.

Habíase preparado un banquete en el comedor.

Un alumbrado *a giorno* es la sazón necesaria de una grande alegría. Las personas dichosas no aceptan la bruma ni la obscuridad. No consienten en estar negras. La noche, sí; las tinieblas, no. A falta de sol, es menester proporcionarse uno.

El comedor esparcía rayos de luz por todas partes. En el centro, sobre la mesa blanca y resplandeciente, una araña de Venecia con toda clase de pájaros de colores, azules, violados, rojos, verdes, posados en medio de las bujías. Al rededor de la araña, guirnaldas; en la pared, espejos; cristalería, vajilla, porcelana, loza, cubiertos y candelabros de plata, todo deslumbraba con su brillo. Los huecos entre los candelabros estaban ocupados por ramos, con tal profusión, que donde faltaba una luz había una flor.

En la antecámara una flauta, dos violines y un vio-